

con apuntes de S. Faure, M. González Prada, Malato y otros

Anarcofeminismo y Louise Michel

Marian Leighton + 3 artículos
de L. Michel



ANARCOFEMINISMO Y LOUISE MICHEL

MARIAN LEIGHTON

**Con unas notas de SÉBASTIEN FAURE,
CHARLES MALATO, MANUEL GONZÁLEZ PRADA y otros
Y tres artículos de LOUISE MICHEL**



[Anarquismo en PDF]

Fuentes: Para el artículo de Marian Leighton: *Our Generation*, 21, (Summer 1990) pp. 22-29, Black Rose Books, Montreal. Originalmente se publicó en *Black Rose*, 1, (April 1974); Para las notas de S. Faure: *La Protesta*, 25 de febrero de 1924; para el obituario de C. Malato: *La Revista Blanca*, 15 de enero de 1905; para el obituario de González Prada, el libro de Carlos M. Rama y Ángel J. Cappelletti, *El anarquismo en América Latina*, Biblioteca Ayacucho, Venezuela, 1990, págs. 319-320; para el artículo de Louise Michel «El 18 de marzo»: *La Revista Blanca*, 15 de junio de 1901, traducido por Fermín Salvochea; para el obituario de la redacción de *Tierra y Libertad* y los artículos de L. Michel «La nueva Internacional» y «La proclamación de La Comuna»: *Tierra y Libertad*, 19 de enero de 1905.

Edición: *La Congregación* [Anarquismo en PDF]

Traducción: Verónica Larraz

Portada y contraportada: Reybum

Ilustración de portada: Detalle de la pintura «Louise Michel á Satory» de Jules Girardet (Actualmente en Saint-Denis, musée d'art et d'histoire - Cliché I. Andréani)



Rebellionem facere Aude!

Índice

ANARCOFEMINISMO Y LOUISE MICHEL.....	5
<i>Por Marian Leighton</i>	
RECUERDOS Y NOTAS ACERCA DE LOUISE MICHEL.....	16
<i>Por Sébastien Faure</i>	
LOUISE MICHEL.....	25
<i>Por Charles Malato</i>	
LUISA MICHEL.....	30
<i>Por Manuel González Prada</i>	
LUISA MICHEL.....	33
<i>Por la redacción de Tierra y Libertad</i>	
EL 18 DE MARZO.....	37
<i>Por Louise Michel</i>	
LA NUEVA INTERNACIONAL.....	43
<i>Por Louise Michel</i>	
LA PROCLAMACIÓN DE LA COMUNA.....	46
<i>Por Louise Michel</i>	

ANARCOFEMINISMO Y LOUISE MICHEL

Por Marian Leighton

LOUISE MICHEL FUE PROBABLEMENTE la portavoz más conocida y popular del socialismo y del anarcosocialismo durante los años 80 y 90 del siglo XIX, hasta su muerte en 1905. A través de su actividad como oradora en inglés y francés llegó literalmente a cientos de miles de personas, iniciándolas en el socialismo. A su entierro acudió una inmensa cantidad de parisinos pobres y fue el segundo funeral más multitudinario en la historia de Francia hasta la fecha, superado solamente por el de Victor Hugo. Todavía hoy —ya que su visión del mundo a menudo parece demasiado melodramática para la mente moderna, y porque los historiadores socialistas con frecuencia se dejan impresionar más por estudios extensos sobre nimiedades teóricas que por las verdaderas relaciones con la población oprimida—, es prácticamente desconocida.

Como muchas de sus homólogas y contemporáneas, Louise Michel parecía más una monja devota que una «mujer emancipada», como se dice actualmente. Pauline Roland (una comuñera de 1848), Nathalie Lemel (combatiente con Michel en la Comuna de 1871) y Louise Michel, se identificaron seriamente con su causa y rechazaron diferenciar su vida pública de su vida privada. No era atípico, para tales revolucionarias de apariencia monjil, la entrega a la gente, la extrema degradación física, el ascetismo y moralismo sexual y unas vidas tranquilas y modestas —a menudo como «solteronas»—. Las vidas de estas mujeres estuvieron marcadas no sólo por el altruismo, sino también por la creencia de trascender una existencia «realista» hasta el

nivel de convertirse en un símbolo. Así, también mostraban un marcado desdén por el ejercicio del poder en el sentido político ordinario y exhibían una considerable propensión hacia las visiones que transportaran a un plano etéreo/inspirador, por el cual se obtenía una comprensión del significado puro de la revolución. En muchos casos, su ideal consciente por la emulación estaba basado en Juana de Arco, Jesucristo, o —como en el caso de Louise Michel— en las antiguas vírgenes guerreras y las druidas gaélicas que ayudaron a derrocar a los invasores romanos de las Galias con sus primitivos talentos físicos y su sabiduría sobrenatural.

Aunque la tradición radical masculina en la Francia del siglo XIX estuvo a menudo dominada en palabra, espíritu y obra por un racionalismo extremo que amputó de raíz la influencia de la Iglesia en las vidas de los feligreses, las lideresas revolucionarias personificaron un nuevo tipo de sensibilidad, encaminada a ser espiritualmente trascendente, rayando el carácter místico. Aunque estas mujeres también se adhirieron a la tradición materialista, racionalista y positivista que era considerada radical en aquel tiempo, la evidencia de sus vidas, manifiestos y escritos ponen nuevos elementos en juego, los cuales difieren sustancialmente de los temas dominantes en la tradición radical masculina. Esto ayuda a explicar la formación de las distintas variedades revolucionarias de hombres y mujeres y cuáles podrían ser las implicaciones estratégicas e ideológicas de estas diferentes imágenes de sí mismas.

De la iglesia a la comuna

Las actividades radicales de Louise Michel no empezaron hasta que tenía 41 años, durante la Comuna de París de 1871, a la que consideró un punto de inflexión en su vida. Antes de este

momento histórico era otra simple *institutriz*, es decir, una maestra *solterona* de escuela primaria en París. Es verdad que ya se había involucrado en los años 60, pero por aquel entonces también cantaba habitualmente en el coro de su iglesia católica local; hasta la Comuna, cuando se convirtió en una anticlerical verbalmente violenta, como la mayoría de los demás comuneros¹. Sin embargo, nunca fue literal o ideológicamente dogmática y su cambio de opinión parecía completamente sincero y creíble.

París supuso un gran cambio respecto al ambiente de su infancia en las provincias al norte de la capital. Nació como hija ilegítima de una sirvienta en una familia noble rural. Fue educada y criada como parte de la familia, un hecho nada inusual si el patriarca o su hijo estaban implicados en la paternidad del hijo de una sirvienta. Durante muchos años, la futura Louise Michel se llamó Louise de Mahis, el apellido de la familia donde servía la madre de Louise, Marianne. Ella y su madre permanecieron con los de Mahis hasta la muerte del cabeza de familia y la venta de la hacienda, momento en el que la sirvienta de toda la vida de la familia y su hija ilegítima se mudaron a París. Allí, la excepcional educación de Louise en música, arte y literatura le ayudó a conseguir trabajo en la docencia, para la manutención de ambas.

¹ «Louise Michel presidía una reunión de mujeres tres veces a la semana en la grande rue de la Chapelle. Allí propuso “la abolición inmediata de la religión organizada y su sustitución por una moralidad más severa” que, para ella, consistía en “tratar a todos los demás y a uno mismo con justicia”. Durante las reuniones del club algunas mujeres subían al púlpito para denunciar al clero con violencia retórica. En el club de Saint-Sulpice, Gabrielle, de dieciséis años de edad, tronaba: “Tenemos que fusilar a los sacerdotes [...]. Las mujeres se ven perjudicadas por la confesión [...]. Por consiguiente, insto a todas las mujeres a apoderarse de todos los sacerdotes y quemar sus feas tazas [...]. ¡Y lo mismo hay que decir de las monjas!”». John Merri-man, *Masacre. Vida y muerte en la Comuna de París de 1871*, Siglo XXI, Madrid, 2017 [Todas las notas son de *La Congregación*].

Como maestra de escuela, vivió con otras profesoras tras abandonar el hogar de su infancia. Cuando se radicalizó, a pesar de sus diferencias ideológicas, continuó junto a su madre, cuidándola y preocupándose por ella hasta su muerte, que sucedió mientras Louise estaba en prisión en los años 80 del siglo XIX. Al morir su madre, las únicas compañeras de Louise fueron sus fieles amigas. Años más tarde vivió con otras jóvenes mujeres como Marie Ferré, la hermana pequeña del camarada y mártir comunero Théophile Ferré. Nunca experimentó con ningún hombre una relación similar, tan íntima y afectuosa.

Parece que idealizó por completo todas sus experiencias con hombres. Su musa de inspiración poética durante la adolescencia fue Victor Hugo, quien a su vez la ensalzó e inmortalizó en un poema de homenaje. Ella disfrutó de relaciones similares con destacados radicales y hombres de letras como Kropotkin y Henri de Rochefort. Resulta muy improbable que estos contactos, que eran la fuente de mucha de su energía creativa, se complicaran de algún modo por una relación física real.

De hecho, muchos hombres de letras la idealizaron, tanto como ella a ellos. No sólo Victor Hugo escribió poemas sobre su valentía, sino también los poetas Verlaine y Rimbaud. Resulta interesante señalar que, incluso un nacionalista de derechas como Maurice Barrès le tenía admiración, o al menos a lo que representaba en la historia francesa: «Es una santa; tiene el fuego divino (*la flamme*)».

Su ascetismo sexual (para el cual hay también obvias razones sociales como la total inaccesibilidad a los anticonceptivos, y los tabúes sociales sobre la sexualidad femenina) la convirtió aún más en ángel de bondad, la *soeur de charité*, que aún era un poderoso símbolo en la muy católica Francia del siglo XIX. Incluso entre los hombres radicales anticlericales, su imagen de mujer altruista y asexual que desafió a todo y que estaba dispuesta a ayudar a todo el mundo, era un ideal completa y verdaderamente loable.

Militancia, mística y martirio

Una vez que se declaró la Comuna, Louise Michel se encontró como pez en el agua. Durante esos días fue literalmente incansable, normalmente no iba a casa o no dormía durante días enteros. Iba a las reuniones de muchas organizaciones, trabajaba con todo el mundo, comprometiéndose a ayudar a otros, al tiempo que tenía cuidado en no identificarse con ningún grupo en particular. Haber sido partidaria de una organización concreta habría sido contrario a su estilo, a pesar de que su propia ideología en aquel momento era muy vaga e imprecisa, si se juzga en términos de desarrollo intelectual tradicional.

Desde marzo a mayo de 1871, hasta que la Comuna fue finalmente liquidada por las fuerzas de Versalles, Louise vivió constantemente bajo amenaza de muerte. A veces buscaba de forma consciente exponerse a las situaciones más extremas y peligrosas. Reunía a los heridos y los vendaba en el campo de batalla; pasó bajo el fuego enemigo para rescatar un gato; también bajo los disparos leía a Baudelaire junto a una estudiante; tocó el armonio cerca de una barricada en una iglesia protestante en Neuilly.

Una noche de combate intenso, visitó la tumba de una antigua amiga en un cementerio situado en unas colinas a las afueras de París. Más tarde describió vivamente este extraordinario suceso en una carta a su compañero comunero, Théophile Ferré². En el cementerio sintió la presencia de su amiga, como si

² Théophile Ferré (1846-1871), oficinista y militante blanquista. Dirigió la defensa de los cañones de la Guardia Nacional que sirvieron como pretexto para el levantamiento del 18 de marzo 1871 y propuso marchar inmediatamente después sobre Versalles, donde se encontraban la Asamblea Nacional y el gobierno de Adolphe Thiers. Fue miembro del Comité de Vigilancia de Montmartre junto a Louise Michel, Paule Minck, etc., y ocupó otros cargos durante la Comuna. El 24 de mayo, dio su consentimiento para la ejecución de rehenes,

las diferencias entre la vida y la muerte ya no tuvieran sentido, como si hubiera percibido la intemporalidad de un momento en el cual pasado, presente y futuro estuvieran unidos. Había experimentado la vida en otro plano. Sólo en otra ocasión documentó una experiencia trascendente similar y fue a una edad muy avanzada, tras haber sido alcanzada por la bala de un asesino y creer que estaba descansando en su lecho de muerte.

La mística revolucionaria de Louise Michel no debería ser considerada como atípica entre otras lideresas de la Comuna. Louise, poeta y novelista tremendamente imaginativa por derecho propio, y profundamente impregnada en la fantasmagoría de la tradición romántica francesa, era más consciente de vivir a través de cierta imagen o mística que muchas otras mujeres. Pero incluso aquí uno no puede dejarse llevar y representarla como una «farsante» o una «chiflada»; su mística fue su vida y su inspiración. Otras comuneras crearon imágenes similares. Leemos sobre mujeres fieras, vestidas con el tradicional atuendo revolucionario francés lleno de bandas rojas, poniéndose en pie para lanzar un discurso enfurecido en los clubes políticos; sobre Beatrix Excoffon³, enfrentándose con determinación al enemigo, marchando con una bandera roja para ayudar a las personas heridas en el campo de batalla.

entre los cuales está el arzobispo de París Georges Darboy. El 2 de septiembre fue condenado a muerte y ejecutado en el campo de Satory.

³ Béatrix Œuvrie, señora de Excoffon (1849-?), comunera y militante anticlerical. A partir del 18 de marzo, milita en el Comité de Mujeres para la Vigilancia del barrio de Montmartre y se convierte en vicepresidenta del «Club de la Boule-Noire», manifestando un anticlericalismo muy virulento. El 3 de abril, encabeza una manifestación de mujeres cuyo objetivo es marchar hacia Versalles para detener el derramamiento de sangre, pero al final convence a las congregadas de que lo mejor que pueden hacer es socorrer a los heridos. A la caída de la Comuna es confinada en Satory. El 13 de octubre de 1871, el consejo de guerra la condenó a la deportación, pena que le será conmutada por 10 años de prisión, pero fue liberada el 26 de septiembre de 1878 por «buena conducta».

Durante la confusión de la Semana Sangrienta, en mayo de 1871, que terminó con la masacre de los miembros de la Comuna a manos de las tropas de Versalles de la Tercera República, Marianne Michel fue arrestada tras haber estado a punto de ser asesinada de un tiro en lugar de su hija. Louise se apresuró al centro de detención y salvó a su madre en el último momento. A esto le siguieron dos procesos judiciales antes de que finalmente fuera sentenciada al exilio en Nueva Caledonia, por su papel en la Comuna de París.

La llama de la anarquía

Toda su vida posterior al exilio, a la edad de 41 años, hasta su muerte a los 75, estuvo profundamente influida por su participación en la Comuna. Después de esas vivencias creyó que ella misma representaba la revolución social y se comportó en consecuencia, viviendo siempre con una carencia material absoluta, con lo poco que podían prestarle viejas amistades o lo que podía ganar con sus charlas y escritos, la mayoría de los cuales regaló.

Su ideología, vagamente descrita como anarquismo, fue desarrollada en gran medida durante sus años de exilio. Una vez más, declaró siempre que su creencia en el anarquismo fue el resultado de sus experiencias políticas personales. La relación de Louise Michel con su ideología fue completa; no podría haber soportado ninguna hipocresía en su vida personal ni ningún compromiso con prácticas políticas que no fueran las suyas.

En ciertos aspectos, la particular relación de Louise Michel con su ideología influyó en la esencia misma de ésta. Si bien no toleraba de ninguna manera los grupos y medidas políticas reformistas —rechazó la candidatura de un grupo de mujeres para presentarse a un cargo político porque creía que la reforma electoral no podría promover ni ayudar a hacer la verdadera revolución— era, a pesar de ello, sólo dogmática en el sentido de creer

que el «sueño», el nuevo mundo, la revolución social, no debían ponerse jamás en peligro. La destrucción del orden antiguo se debe completar para permitir la construcción total del nuevo. Por otro lado, no le interesaban las oscuras discusiones teóricas y sus implicaciones para su ideario.

Su anarquismo era radical, pero a causa del énfasis en los principios de descentralización, antiestatismo y antiautoritarismo, no fue nunca intelectualmente dogmático; hasta el punto que se expuso a un levantamiento popular con implicaciones radicales inesperadas. Al igual que durante la Comuna, Louise Michel no hizo distinciones entre su vida, sus necesidades y emociones, y las vidas, las necesidades y emociones de aquellos oprimidos a su alrededor, a quienes ayudaba.

En política, la identificación de uno mismo con sus creencias es intelectualmente compatible sólo con una ideología que afirme la unidad de los medios con los fines. Así, tras la Comuna, Michel creía que ninguna estructura política dominante o jerárquica como medio podría ser compatible, incluso durante un periodo de crisis o de transición, con un fin totalmente liberador y revolucionario. Su propio concepto de una teoría política legítima para la revolución sólo podía ser de tipo no dogmático. La teoría tenía sus raíces en situaciones históricas y sólo podría ayudar genuinamente en el nacimiento de una revolución si emergía y evolucionaba en una rebelión creada y perpetuada por el pueblo.

Muchas de las incompatibilidades históricas, y la incompreensión de la conciencia radical de las mujeres por parte de las ideologías radicales de los hombres, tienen su origen en la base misma de las políticas feministas: lo «personal es político» y lo «político es personal». De alguna manera, siempre que un hombre intenta comprender esta realidad, la expone de dos formas: como puro egoísmo, o como simple martirio. Aunque muchas mujeres socialistas como Louise Michel no se concentraron en la innovación y desarrollo de la teoría como una

prioridad principal de su propio derecho, sus contribuciones fueron menos reconocidas, pero igualmente valiosas: en particular aquella devoción y servicio a las necesidades de la gente real a su alrededor. Su actitud hacia sus propias creencias fue tal, que su modo de expresar su activismo se orientó más a moverse con —fluir con— los elementos más positivos y amplios de la corriente revolucionaria, que a mantener una separación ideológica a fin de frenar, dirigir, o de cualquier otra manera, manipular esta corriente. Así, la Revolución creó estas organizaciones, en lugar de la tendencia contraria dominante de hacer que las organizaciones intentaran crear la Revolución.

Declaración de Louise Michel

«Me convertí en anarquista cuando nos exiliaron a Nueva Caledonia por nuestras actividades en la Comuna de París. En los barcos del Estado, nos enviaron con condenas dolorosas y difamatorias, a las que fuimos por completo indiferentes; y ya que obedecíamos a nuestras conciencias, habríamos sido criminales si nos hubiéramos comportado de un modo diferente a como lo hicimos: más bien, nos reprochábamos no haber sido más rebeldes; la tristeza en ciertas circunstancias es traición.

»Para hacer que nos arrepintiéramos por haber luchado por la libertad, y para protegerse contra tan “grandes delincuentes” como nosotros, siempre nos ponían en jaulas como a leones o tigres.

»Durante cuatro meses en el barco, no pudimos ver nada más que cielo y agua, y ocasionalmente el velamen de algún barco, como el ala de un pájaro, en el horizonte —y esa sensación de monotonía era alarmante—. Allí teníamos todo el tiempo del mundo para pensar, impulsados por el suave ritmo de las olas, que se elevaban infinitamente en la distancia o desaparecían todas a la vez en las profundidades inmensas, el estridente

silbido del viento en las velas, el gemido del buque bajo el oleaje; allí estábamos, a merced de los elementos y con la Idea magnificada.

»¡Y bien! La intensidad al contrastar las cosas, los sucesos, los hombres... Al haber visto a nuestros amigos y amigas en la Comuna tirando enérgicamente sus vidas por la borda, tan íntegros y tan aterrados de no ser aptos para sus tareas, yo me convencí pronto de que las personas honestas en el poder serán tan inútiles en él como son dañinas las deshonestas, y que es imposible que la libertad se alíe jamás con ningún tipo de poder.

»Sentí que una revolución que formara cualquier tipo de gobierno sería algo contradictorio, que no abriría de ninguna manera las puertas al progreso, y que las instituciones del pasado, que parecían esfumarse, en realidad, habían permanecido bajo nombres cambiados. Forjadas en las cadenas del viejo mundo, estas instituciones formaron un único bloque que debía desaparecer completamente para dejar paso a un nuevo mundo, feliz y libre, bajo los cielos.

»Vi que las leyes de la atracción, que sin cesar llevan incontables mundos hacia nuevos soles entre las dos eternidades del pasado y del futuro, también presiden los destinos de los seres humanos en un progreso eterno que los atrae hacia un ideal verdadero, siempre cambiante y en crecimiento. Por ello, soy una anarquista, porque sólo la anarquía conlleva la felicidad de la humanidad. Y trabajo por el objetivo supremo, la idea más elevada que la racionalidad humana puede comprender: la anarquía.

»Respecto a cuándo sucederá esto, los progresos, aún desconocidos, continuarán. ¿No es de conocimiento general que lo que es una utopía para una o dos generaciones, se hará realidad para la tercera generación?

»Sólo la anarquía puede brindar conciencia ética al ser humano, ya que únicamente ella puede hacerle totalmente libre.

La anarquía significa la completa liberación de las hordas de esclavizados y por ello, de su verdadera humanidad.

»Para todo ser humano que participe en el poder, el Estado es como el hueso que se da al perro, y por esta razón defenderá el poder del Estado.

»Si el poder nos hace agresivos, egoístas y crueles, la servidumbre es igualmente degradante; la anarquía significará el final de la horrible miseria en la que la raza humana ha languidecido siempre; sólo la anarquía no se convertirá en una reanudación del antiguo sufrimiento. Cada vez más, atrae los corazones atemperados en la batalla por la verdad y la justicia.

»Para luchar contra la desesperación, la humanidad desea vivir y adherirse a la anarquía, con la que debe comprometerse para salir del abismo; esta lucha es la dureza que ha surgido bajo las rocas; cualquier otra idea es como ruinas y hierbajos arrancados. Debemos luchar no sólo con coraje, sino también con lógica. Es hora de que el verdadero ideal, que es superior y más hermoso que todas las ficciones que le han precedido, sea mostrado de forma suficientemente precisa para que las masas desheredadas no sigan derramando su sangre por falsas quimeras.

»Por esto soy anarquista».

RECUERDOS Y NOTAS ACERCA DE LOUISE MICHEL

Por Sébastien Faure

SON YA ANCIANOS y comienzan a desaparecer, los militantes que han conocido —lo que se denomina conocido— a Louise Michel.

Los jóvenes que han salido de la guerra para entrar en las organizaciones llamadas de «lucha de clases» no pudieron acercarse a esta mujer verdaderamente excepcional por el corazón y el espíritu, quien, desde la Comuna hasta su muerte, encarnó magníficamente el espíritu de rebeldía y de libertad.

Esta circunstancia puede, únicamente, explicar si no excusar el caso de ese modesto y valeroso anónimo quien, en *L'Humanité* le ha consagrado un artículo del cual, lo menos que se puede decir, es que insulta gravemente la memoria de la mujer que pretende glorificar.

¿La revolución rusa? ¡Oh! Sí, Louise la hubiera aclamado y amado tanto como nosotros mismos la hemos aclamado y amado. De lo que se infiere que ella, como todos los verdaderos revolucionarios, hubiera execrado y combatido la Dictadura que ha matado paulatinamente esa gloriosa revolución.

Para defender contra las hordas versallescas la Comuna agonizante, Louise Michel empuñó voluntariamente las armas, luchó y afrontó la muerte en las filas de los insurrectos de aquella inolvidable época. Pero, si victoriosa y convertida en gobierno estable, la Comuna se hubiese rodeado de un ejército reclutado legalmente y por la fuerza, y destinado a domar y masacrar al proletariado, es con los obreros en revuelta y contra ese ejército que Louise hubiese combatido.

He aquí lo que es permitido afirmar —y para ello invoco el testimonio de todos los militantes que han conocido verdade-

ramente a Louise Michel—, pretender lo contrario es cínica y odiosamente desfigurar la verdad.

Disfrazar a Louise Michel con el grotesco uniforme con el que se pavonean las amazonas del Partido Comunista, es ultrajar a nuestra Louise.

Digo *nuestra* Louise, pues es enteramente nuestra; y si, por la noción revolucionaria que ella ha desarrollado, pertenece a la vasta y noble familia de los rebeldes, es a los anarquistas a quienes ofrendó lo mejor de su corazón, lo más puro de su pensamiento y lo más recio de su acción.

Le horrorizaban los jefes y le disgustaba la autoridad. Su modestia era tal que llegaba hasta el olvido de sí misma. Su júbilo mayor era encontrarse en medio de sus compañeros, perdida en la muchedumbre de los oscuros, absolutamente inadvertida, y sólo se la apercibía en la primera fila cuando se trataba de ofrendar su persona, de afrontar el peligro, de arrastrar a los desheredados por la ruta roja de la insurrección, como en 1883 en la explanada de los Inválidos, como en 1871 durante la Comuna; o cuando con Pouget y los camaradas anarquistas abría las panaderías para distribuir el pan a los sin trabajo hambrientos⁴; o como el 1º de Mayo de 1890, en Vienne, donde, en compañía de Tennevin⁵, Pierre Martin⁶ y los libertarios vien-

⁴ El 9 de marzo de 1883, en una manifestación encabezada por Michel, enarbolando por primera vez una bandera negra, y Émile Pouget, los obreros sin trabajo asaltaron varias panaderías. Estos sucesos le costaron seis años de cárcel a Louise y ocho a Pouget, pero fueron liberados por una amnistía a los tres meses.

⁵ Alexandre Tennevin (1848-1908), tipógrafo, periodista y militante anarquista. Del círculo de Pouget, Michely Faure, con el que trabajó en *Le Journal du Peuple*.

⁶ Pierre Martin (1856-1916), apodado *Le Bossu* (el jorobado), obrero textil, fotógrafo ambulante, militante anarquista, antimilitarista y pacifista. Permaneció en activo durante más de 45 años. Estuvo involucrado en el llamado «Proceso de los 66» o «Proceso de los anarquistas de Lyon» de 1883. Fue miembro de la *Fédération Communiste révolutionnaire* y de *Le Libertaire*. Encarcelado en numerosas ocasiones, en un interrogatorio afirma: «soy un anarquista teórico,

neses, ella invadía las fábricas y decía a los obreros del textil a quienes los patrones reducían a la miseria:

Tomad, esto es vuestro. Vosotros habéis fabricado estos tejidos; os pertenecen. Os los han robado. ¡Recuperadlos!

O un poco antes⁷, en El Havre, después de haber sufrido las balas, que casi acaban con su vida, de un obrero fanatizado por las miserables calumnias que sobre ella se tejían, encontró, aunque gravemente herida y cubierta de sangre, energías para defender a Lucas, su agresor, contra el furor de la multitud y, a continuación, contra sus jueces; Louise Michel se condujo en todas las circunstancias como anarquista.

He sido amigo íntimo de esta militante admirable. Hemos conversado juntos en más de cien reuniones. Durante cerca de tres meses hemos recorrido juntos este país, de norte a sur y de este a oeste. Era menester escucharla llamar a la revuelta a los desheredados, sublevarlos contra todas las fuerzas de opresión y de miseria, fustigar el espíritu de dominación de los gobernantes y la explotación de los capitalistas, predicar la extirpación, hasta en sus raíces más profundas, de todos los gérmenes de servilismo y de indigencia.

no uno de esos que tiran bombas». Durante la 1ª Guerra Mundial, participa en la edición y distribución de un Llamamiento internacional a favor de la paz y se muestra contrario al Manifiesto de los 16. Pierre Martin no aprobaba el ilegalismo, que otros consideraban legítimo, porque no constituía un «factor de liberación social». Tras su muerte, Faure dijo de él: «En un cuerpo pequeño y de apariencia enfermiza, una voluntad de hierro y una energía indomable. En un envoltorio algo torpe debido a su joroba, un cerebro excepcionalmente lúcido y una conciencia de rara belleza» que poseía «en un grado excepcional, esa elocuencia que del corazón sube a los labios del que habla y de sus labios pasa directamente al corazón de quienes le escuchan» (*Ce Qu'il faut dire*, 12 de agosto de 1916).

⁷ El 22 de enero de 1888, un monárquico llamado Pierre Lucas, le dispara dos tiros en la cabeza. Uno bala le perforó la oreja, pero la otra quedó alojada en su cráneo el resto de su vida.

Siempre, siempre, habló ella como una anarquista, sin restricción de ninguna clase.

Jamás he visto confundirse y completarse tan apasionadamente el odio y el amor: odio a la autoridad y amor a la libertad, odio a los poderosos, a los amos, a los jefes, y amor a los débiles, a los oprimidos y a sus iguales los pobres. Su corazón estaba tan vibrante de ternura y de devoción por las víctimas de la Autoridad y del Capital que, a pesar de su excepcional bondad y de una piedad que parecía rechazar todo sentimiento contrario a la indulgencia y el perdón, encontraba, para señalar a los verdugos del pueblo que trabaja, y sublevar a éste contra sus tiranos, incomparables acentos.

Ella no hubiera consentido jamás en estrechar su mano con la de los pseudo-revolucionarios, quienes pretender libertar a los proletarios y hacer su felicidad calumniando bajamente, encarcelando, proscribiendo y asesinando a cualquiera que no acepte sin examen su tesis y no se someta ciegamente a sus decisiones.

Pensamiento, corazón, voluntad, brazo, conciencia. Louise Michel pertenecía toda íntegra a la revolución social, a esa revolución que, aniquilando todas las instituciones de opresión política y de explotación capitalista, convertirá en fecunda realidad el sueño acariciado por los anarquistas de todos los tiempos: el Hombre libre sobre la Tierra libre.

Esta revolución es la única que conciben los anarquistas. Louise Michel le ofrendó su vida. Imitémosla.

Nadie quizás —más que Louise Michel— ha tenido que sufrir el asalto de la calumnia en lo que esta tiene de más abyecto. Como es costumbre corriente en el mundo burgués, se intentó al principio presentarla al público como una muchacha perdida. Luego, no habiendo logrado atribuirle un solo amante, se le imputaron pasiones inconfesables y costumbres que constituían un culto a Lesbos.

Otros la pintaron como un marimacho sediento de pillaje y sangre.

Por mucho tiempo se la conoció únicamente bajo el epíteto de «petrolera»⁸, y cuando se quería, aun entre el pueblo engañado, proferir la peor injuria contra una mujer, se lanzaba esta invectiva: «¡Anda, pues, Louise Michel!».

Se podría efectuar una copiosa cosecha con los variados ultrajes con los cuales fue empapada.

Louise no experimentó jamás la necesidad de justificarse; no cedió nunca al deseo de destruir la leyenda que el odio de los unos y la ignorancia de los otros habían logrado acreditar en las miserables masas que ella amaba, así como en los medios burgueses que detestaba.

Los más indulgentes se complacían en tratarla de loca y hacían seguir su nombre de las chanzas más groseras o los más pérfidos sarcasmos.

Louise dejaba hablar, se encogía de hombros y un día le oí dirigir estas palabras a camaradas que deseaban infligir a sus detractores la corrección que habrían merecido:

Perdonadles, amigos míos; no saben lo que dicen. Se les ha amotinado contra nosotros; si conociesen nuestras ideas, las compartirían y nos amarían.

Únicamente se defendía de ser loca cuando el ministerio público solicitaba en su favor la indulgencia de los jueces, relacionando sus palabras y sus actos a una inclinación que rayase

⁸ «Sobre las petroleras circulan las más locas leyendas. No hubo petroleras: las mujeres lucharon como leonas; pero sólo me vi a mí misma gritando: ¡Fuego! ¡Fuego ante esos monstruos!». En Louise Michel, *La Comuna de París*, LaMalatesta, Madrid, 2014, pág. 220. Y más adelante (pág. 267): «En cuanto al incendio de París, sí, he participado en él; quería elevar una barrera de llamas contra los invasores de Versalles. No tengo cómplices, he obrado por mi propia cuenta».

en la inconsciencia. Reivindicaba entonces, con impresionante firmeza, la entera responsabilidad de lo que había dicho o hecho.

No la atemorizaba ni la prisión ni el peligro de muerte al que se expuso tan intrépidamente durante la Comuna.

Su desprecio por el dinero era inimaginable.

Un hecho entre mil:

Un domingo debíamos dar una conferencia pública en Levallois-Perret. Louise me invitó a comer en su casa, con el propósito de dirigirnos juntos a la reunión que debía verificarse por la tarde. La víspera había obtenido doscientos francos. Yo lo sabía.

Acepté su invitación y fui. Las doce, doce y cuarto, doce y media, y todavía nada se había preparado para almorzar. Entro a la cocina y pregunto a Charlotte⁹, una camarada que velaba por ella, si íbamos a comer o no. Charlotte terminó por confesarme que de los doscientos francos recibidos la víspera sólo quedaban dos «sous»¹⁰. Luisa había recibido por la mañana la visita de camaradas necesitados y se había despojado por ellos.

He aquí otro hecho:

Durante la gira de tres meses de la que ya hablé, Matha¹¹ era nuestro tesorero. Cada día, en la puerta de Louise y en la mía

⁹ Charlotte Vauvelle, nacida alrededor del año 1872 en París, fue una amiga, acompañante y compañera de Louise Michel desde 1895 hasta la muerte de ésta.

¹⁰ Monedas de poco valor.

¹¹ Louis Armand Matha (1861-1930), militante anarquista de formación autodidáctica. Estuvo con Jean Grave en *La Révolte*, después con Émile Pouget en *Le Père Peinard* y más tarde en *L'En-dehors*, el periódico anarcoindividualista fundado por Zo d'Axa. Fue uno de los encausados en el llamado Proceso de los treinta. Participó con Constant Martin y Sébastien Faure en la creación de *Le Libertaire*, del cual será administrador hasta 1911. También fue el organizador de la gira de conferencias de Faure y Louise Michel y, cuando ésta murió, fue parte del comité organizador de sus exequias. Faure dijo de Matha: «De una actividad desbordante, un coraje excepcional, una sangre fría y una presencia de ánimo notables, y de un vigor poco común, él

había un desfile de mujeres cargadas de niños, de ancianos en la indigencia, de locatarios amenazados de desalojo, de desocupados, de enfermos, de inválidos, de camaradas necesitados. Sólo detuvimos nuestra liberalidad cuando nuestro encargado de las finanzas vino a advertirnos que éstas estaban agotadas.

Louise estaba tan dichosa de haber aliviado a algunos infortunados y tan afligida de no poder aliviarlos más, que cuando Matha vino a darnos la fatídica advertencia: «Deteneos, ya no queda nada», no apenaba a Louise el haberlo dado todo, ni pensaba en ello; sino en no poseer ya nada para seguir distribuyendo.

Louise Michel amaba a los animales: era a los perros y gatos errantes a quienes abría su modesta morada; cuanto más extenuados, enflaquecidos, llenos de barro estaban, con más placer los adoptaba.

Hace unos veinticinco años fuimos a las provincias y Louise llevó un gato grande, bueno: pelado, viejo, tuerto, con una enorme cabeza. Tenía necesidad de cuidados y ella no quiso dejarlo en casa.

Pusimos a este viajero en un gran cesto y algunas veces, en la tribuna de las salas en las que hablábamos, los maullidos de este felino se mezclaban con la voz del orador. Cuando esos maullidos llegaban a oídos del auditorio, éste reía y nosotros también. Era familiar y regocijante.

Una vez, volviendo al hotel a medianoche, y estando Louise un tanto engripada, hice subir a su habitación una taza de leche muy azucarada con una dosis bastante fuerte de ron. Fatigada, Louise se había acostado y estando la leche caliente la dejó cerca del lecho al alcance de la mano, pensando beberla cuando se hubiese enfriado un poco. Yo estaba en el cuarto vecino. Súbitamente, hacia las dos o tres de la madrugada fui despertado por un extraño alboroto. Procedía de la habitación de Louise.

confiaba en mí y yo confiaba en él tan completamente que nada nos hacía retroceder» (*La Voix libertaire*, 1 de marzo de 1930).

Louise se había adormecido sin beber la leche; pero el gato no malgastó el tiempo. Se había tragado todo el contenido de la taza y estaba embriagado. Era él el que daba saltos desordenados a través del cuarto.

Louise Michel no era hermosa¹²; prescindiendo de la frente, que era magnífica, y los ojos, que eran muy expresivos, el rostro era más bien feo.

Pero, cuando se presentaba en la tribuna, su inspiración era tan feliz, se expresaba con convicción tan seductora, su mímica era tan apasionada, sus acentos tan arrebatadores y su voz tan sonora y tan penetrante, que su faz, reflejando su llama interior que la devoraba, se transformaba soberbiamente. Sus ojos brillaban entonces con resplandor extraordinario; todos sus rasgos adquirían expresión tan animada y tan móvil, que parecían transfigurados e iluminados. Devenía hermosa.

Louise Michel hablaba admirablemente. Su elocuencia era una amalgama de poesía, sentimentalismo y energía. Tenía, en grado máximo, el don de emocionar y de arrastrar; ejercía sobre la multitud una verdadera fascinación. Su frase era llena, armoniosa, simple y límpida. Sus imágenes eran de una variedad y riqueza sorprendentes; eran casi todas desprendidas de los espectáculos terroríficos o encantadores de la naturaleza. En la lírica, Louise alcanzaba las cumbres más elevadas. Sobresalía al dejar hablar a su corazón; lo abría, cada cual podía leer en él; lo entregaba a todos y he visto asambleas enteras sacudidas por una emoción tan irresistible, que lloraban, sollozaban, ama-

¹² Escribe Federica Montseny en un texto incluido en el libro ya citado de LaMalatesta: « Los caricaturistas, los periodistas burgueses, le sacaron el sobrenombre de *La Laide* —la fea—. En unos momentos en que el arma principal para el combate con la vida, en la mujer, eran los atractivos físicos, calificarla a una de fea era el peor ultraje y la mejor manera de cerrarle todas las puertas» (pág. 339).

ban, acariciaban, golpeaban, luchaban, desafiaban la muerte con esta incomparable apóstol de la Revolución.

En elocuencia, sólo dos mujeres he conocido que se le puedan comparar: Nelly Roussel¹³ y Séverine¹⁴.

Louise Michel amó y fue amada. Se conocieron en las horas trágicas de la Comuna. Él fue uno de los que cayeron heroicamente, afrontando a los mercenarios que estrangularon el movimiento comunalista de 1871.

El corazón de Louise permaneció, hasta el último latido, fiel a aquel que soñó hacerla compañera de su vida.

Muerto él, ella sólo tuvo una pasión: la revolución social; un ideal: Bienestar y Libertad para todos.

¹³ Nelly Roussel (1878-1922), fue una librepensadora, francmasona, feminista, antinatalista, neomalthusiana y escritora libertaria francesa. Fue una de las primeras mujeres en Europa que reclamaron públicamente el derecho de las mujeres a disponer de su cuerpo y promover una política de control de la natalidad. En 1902, fue la primera en declararse a favor de la anticoncepción, lo que provocó la primera gran hostilidad contra las feministas. Hizo hincapié en la importancia de la educación sexual de las niñas. Su objetivo principal: disociar la maternidad de la sexualidad. No era una cuestión de promover el amor libre, como querían creer sus oponentes (incluyendo las feministas), sino de reclamar el derecho de las mujeres dentro de la pareja, casada o no, al placer y la expresión de su sexualidad sin el embarazo no deseado.

¹⁴ Caroline Rémy, conocida por su *nom de plume* Séverine (1855-1929), escritora y periodista libertaria y feminista francesa. Fue la primera periodista que vivió de su trabajo y también la primera que dirigió un periódico, *Le Cri du Peuple*, tras la muerte de Jules Vallès en 1885. También estuvo comprometida en la lucha por el derecho al voto de las mujeres. Izquierdista incondicional, apoyó varias causas anarquistas, incluyendo las de Clément Duval, Auguste Vaillant y la de Ascaso, Durruti y Jover, y en 1927 participó en los intentos de salvar a Sacco y Vanzetti. Apoyó la Revolución rusa de 1917 y en 1921 se afilió al Partido comunista Francés, que abandonó dos años después al verse obligada a escoger entre el partido y la Liga de los Derechos del Hombre. Pronunció el elogio fúnebre en el entierro de Louise Michel.

LOUISE MICHEL

Por Charles Malato

EN EL MOMENTO EN QUE ESCRIBO, recibo la noticia de que Louise Michel acaba de morir.

Todos estamos condenados a morir por la Naturaleza, y no tienen los revolucionarios que ostentar sus lamentaciones cuando la muerte, que nada respeta, siega sus filas. Pero cuando se trata de una militante cual Luisa Michel, de quien la vida ha sido una perpetua abnegación, es permitido el lamentarse sin esconder sus quejas.

Louise Michel, que hasta sus adversarios (cuenta muchos adversarios, pero creo ningún enemigo) acabaron por admirarla, quedará delante del historiador como la encarnación más admirable de una época batalladora y sentimental. No quiero decir con esto que los luchadores de aquella época no tenían, como los militantes de hoy, sus razonamientos, sus teorías y su dogmatismo, sino porque rebosando de pasión heroica, vivían mucho más por el corazón que por el cerebro. Hoy es precisamente lo contrario, y «anarquista», que antes significaba ante todo un hombre de acción, tiende más y más a significar un hombre de hondas discusiones, al menos en Francia.

Louise Michel, que tenía el concepto sintético de un mundo mejor, idealizado por su mente de poeta, no se ha detenido a buscar los pequeños detalles de tal mundo que podemos sólo vislumbrar en grandes líneas, a través de las nieblas y las borrascas de nuestra tan inarmónica sociedad. Nadie ha sido menos dogmático, menos intolerante. Verdaderamente libertaria, ella admitía para los otros el derecho de no sentir y pensar como ella en cualquier cuestión. Toda su fuerza intransigente, la

reservaba para la batalla, para el momento crítico en que no se trata de discutir, sino de vencer a toda costa o morir.

Nació en la antigua provincia de Champagne en el año 1830, es decir, en el momento de la gran explosión romántica que revolucionó el arte y las letras, por el derribamiento de las viejas reglas y fórmulas.

Ella misma, como si hubiese respirado en el aire algo de este soplo poderoso, quedó marcada perpetuamente, a través de su vida de revolucionaria, como una gran artista romántica, amante del color, ritmo y belleza del gesto. Ha sido música, componiendo a veces piezas extrañas, dibujante de rasgos varoniles, ha sido también poeta, y en todos estos ramos, siempre ha tenido una incontestable originalidad.

Sin embargo, de sus poesías, las más notables, no son a mi parecer sus versos, sino sus baladas y leyendas, a las cuales añadía un color y un sentimiento admirables y, sobre todo, su poesía más sublime fue su vida misma.

Institutriz en el barrio parisiense de Batignolles hacia finales del segundo imperio, Louise Michel llegó por la poesía al republicanismo. Ferviente admiradora de Victor Hugo, a quien dirigió sus primeros versos, ella vislumbró en la república el ideal de libertad, igualdad y fraternidad humanas. Luego, cuando la república, organizada por los profesionales de la política, se presentó como la simple continuación del régimen imperial, quedando fiel a su noble ideal, Louise Michel tuvo que llamarlo anarquía.

Del entusiasmo poético, Louise Michel llegó a la actividad de la lucha. Se ligó con los revolucionarios, principalmente blanquistas, conspirando contra el Imperio. Luego estalló la guerra, la derrota de los ejércitos franceses, y el 4 de Septiembre, que derribó el trono de Napoleón III. Durante el sitio de París, la institutriz redoblabla su actividad: sin abandonar a sus discípulas, es al mismo tiempo *ambulancière*. Y cuando las traiciones de los gobernantes y de los cobardes generales hubieron pro-

vocado la revolución de la *Commune*, al lado del pueblo, Louise Michel se transforma en combatiente. Con el 61º batallón federado, de Montmartre, ella está en todas partes donde la lucha es más encarnizada: en Issy, les Moulineaux, Clamart, Neuilly; cuando entran en París los hombres del 61º, diseminados y cansados, ella sale de nuevo con otro batallón, pasando, en los dos meses de sitio, solamente tres días en París. En fin, cuando, merced a las indicaciones del picador Ducatel¹⁵, entran los versalleses en la capital —un ejército de ciento treinta mil asesinos, emborrachados de sangre—, entra también Louise Michel, que, con dos Compañeros solamente, defiende una barricada en Clichy. Presa por los guardias nacionales traidores, llamados «del orden», Louise Michel escapa. Pero se le informa que los bandidos, es decir, los soldados, valientemente se han apoderado de... su madre, siendo defensores de la familia. Inmediatamente va a constituirse prisionera para que se liberte a la pobre vieja.

No fue condenada a muerte en un momento en que los gobernantes, generales y soldados habían convertido París en un matadero. Creo que fue su audacia misma la que la salvó. Se la mandó deportada a la Nueva Caledonia, donde estuvo siete años, dando continuamente pruebas de un indomable carácter hacia los *gardachusma* y de una abnegación sin límites hacia sus compañeros. Al mismo tiempo, había vuelto a sus antiguas funciones de institutriz; enseñaba a los niños de deportados y de colonos, y enseñaba también a los canacos.

Sentía hacia estos «salvajes» desposeídos de su suelo por los hipócritas y brutales «civilizadores» una inmensa y fraternal conmiseración. Hubiera querido ir a los sitios más inaccesibles de la isla neocaledonia a abrir escuelas para los pequeños indí-

¹⁵ Jules Ducatel (1830-1895), military después funcionario francés, conocido por haber ayudado a las fuerzas versallesas a investigar la capital el 21 de mayo de 1871, señalándoles que nadie vigilaba el Pont-du-Jour. Tras la victoria recibió honores del gobierno. En 1877 perdió su empleo al ser acusado de robo.

genas, exponiéndose a que la hiciesen desaparecer los agentes del gobierno, y, sobre todo, los misioneros.

Vuelta a Francia con la amnistía, no descansó. «Los revolucionarios —decía el convencional Saint-Just— no pueden esperar descanso, sino en la tumba.» Escritora, conferenciante, profesora fue la antes agitadora revolucionaria.

Cuando en Marzo de 1883 intentan los anarquistas despertar a la masa de los desheredados para quienes la república no ha sido otra cosa que una cruel ironía, Louise Michel, en la Plaza de los Inválidos, marcha al frente de los manifestantes, llevando la bandera negra, Unos hambrientos empiezan a tomar panes en las panaderías, pero los dispersan la caballería y la policía republicana. ¡Es permitido solamente en la Bolsa robar! Luisa es condenada a seis años de detención y diez de vigilancia. Tres años después se la indulta, y entonces es necesario emplear la fuerza para arrancarla de su calabozo, porque rechaza esta gracia, mientras no estén libres todos los otros sentenciados. Por lo demás, pronto se ve condenada por delito de palabra en el mitin del Chateau d' Eau.

Libertada otra vez, Louise publica novelas y continúa sus conferencias. En una, celebrada en el Havre, un cierto Lucas, fanatizado por los curas, le dispara dos tiros de revólver, hiriéndola en la cabeza, lo que no impide a nuestra compañera defenderle e ir a la Cour d'Assises¹⁶ a pedir que se le absuelva, lo que se hace.

En la víspera del 1º de Mayo de 1890, Louise Michel es arrestada en Saint-Etienne, donde ha pronunciado un discurso, y el Ministerio Constans¹⁷ prueba a secuestrarla como loca. ¡Loca por querer justicia y libertad!

¹⁶ En Francia, es el órgano jurisdiccional penal encargado de los delitos más graves.

¹⁷ Ernest Constans (1833-1913). Fue ministro del interior entre 1889 y 1890, en el gobierno de Pierre Tirard.

Salida de la cárcel entonces, nuestra amiga se marcha a Londres. En la monárquica Inglaterra encuentra la hospitalidad. Por cierto, el orden capitalista es tan atroz en Inglaterra como en los demás sitios, pero allá pueden vivir los proscriptos más libres que en otras partes.

Muchas veces ha vuelto nuestra amiga a Francia a hacer propaganda, sola o asistida de compañeros. Ha hecho propaganda hasta el último día de sus fuerzas y de su vida en favor de las ideas de justicia universal por las cuales había combatido. Ha hablado por la libertad hasta el momento en que su pecho, cansado, no pudo emitir más su voz.

¡Que tal vida sea un ejemplo para la generación presente y las del porvenir!

LUISA MICHEL

Por Manuel González Prada

SI LOS HOMBRES VALEN por lo que de sí mismos conceden a los demás, muy pocos de nuestros semejantes pueden valer tanto como *la virgen roja* o *la buena Luisa*; su existencia se resume en dos palabras: abnegación y sacrificio.

Casi octogenaria, recién salida de una penosa convalecencia, cuando había llegado la hora de reposar algo en la vida antes de ir a descansar eternamente en el sepulcro, realiza un esfuerzo supremo y sale a recorrer el sur de Francia en una gira de conferencias. Atacada por una grave enfermedad, como lo había sido en Tolón el año pasado, no resiste y muere en Marsella a principios de enero. «Se va —según Lucien Descaves— agotada, arruinada, exangüe, con la piel colada a los huesos, como un perro errante, habiendo dado más que cien millonarios empobrecidos a fuerza de liberalidades, habiendo dado toda su existencia a los desgraciados. Indiferente a sus propios y continuos infortunios, insensible a las privaciones, a la fatiga, al frío, a los ayunos, no devuelve a la tierra más que un esqueleto, demasiado tiempo ambulante para no tener en fin derecho al reposo».

Con ella se desvanece la manifestación más pura del espíritu revolucionario en el alma femenina: representaba en el movimiento social de Francia lo que Georges Sand en la novela, Madame Ackermann en la poesía, Rosa Bonheur en la pintura, Clémence Royer en la ciencia. Pascal se esfuma en un lejano claroscuro, sin fragilidades de sexo, tan consagrado a meditar en Dios que no se da tiempo de amar a las mujeres; Luisa Michel se diseña en una cercana reverberación de incendios, sin debilidades de mujer, tan henchida del amor a la Humanidad que en su corazón no deja sitio para la exclusiva ternura de un

hombre. Ama las muchedumbres, o lo que da lo mismo, la desgracia, pues quien dice pueblo dice desgraciados. Sin hijos, no conociendo las vulgares y depresivas faenas de la maternidad, aparece a nuestros ojos con toda «la fría majestad de la mujer estéril».

Por la serenidad ante el peligro y la muerte, Luisa Michel nos recuerda a las mujeres romanas nacidas en el seno de las familias estoicas; por esa misma serenidad y el menosprecio de todos los bienes, sin excluir la propia dicha ni la salud, nos hace pensar en las mujeres de los primeros siglos cristianos. De las estoicas se distingue por el amor a todos los seres o la caridad en su interpretación más generosa; de las cristianas, por su desinterés en la práctica del bien, pues no considera los buenos actos como letras de cambio pagaderas en el otro mundo.

La estoica romana se revela ante el Consejo de guerra que la juzga por su complicidad en la Comuna de París. Encarándose a sus jueces (o verdugos) les fulmina estas palabras donde se siente revivir el orgullo y la grandeza de las almas antiguas: «Yo no quiero ser defendida, y acepto la responsabilidad de todos mis actos. Lo que yo reclamo de vosotros es el campo de Satory donde mis hermanos han caído ya. Puesto que todo corazón que late por la libertad, sólo tiene derecho a un poco de plomo, dadme mi parte. Si no sois unos cobardes, ¡matadme!».

La cristiana de los primeros siglos se descubre en cien historias muy conocidas y recordadas a menudo. Refiramos una sola. En un día de invierno, dos amigos la encuentran casi exánime, tiritando, irrisoriamente abrigada con una ropa viejísima y tan leve, que parecía buscada expresamente para viajar en la zona tórrida. Compadecidos ambos, la obligan a entrar en un almacén, le ruegan aceptar el obsequio de un vestido más propio de la estación. Después de mil evasivas, ella concluye por ceder, con una condición: que le permitan llevarse la ropa vieja. Naturalmente, los dos amigos no le oponen ninguna difi-

cultad. Al día siguiente, Luisa Michel tiritaba bajo los mismos trapos viejos de la víspera: ha regalado la ropa nueva.

La que ama tanto (pues de su inmensa ternura no excluye ni a los animales), deja de amar a un solo ser, no se quiere a sí misma. Hubo santo que llegó a lastimarse de su cuerpo, a demandarle perdón por lo mucho que le había martirizado con las penitencias. Ignoramos si Luisa Michel, al verse *como hecha de raíces*, no sintió piedad de su miseria ni tuvo un arranque de ira contra sus enemigos y sus perseguidores.

Porque esta mujer había sido befa, escarnecida, encarcelada, deportada a Nueva Caledonia y herida por un hombre, quizá por uno de aquellos mismos desheredados que ella amaba y defendía. Sin embargo, no pierde la fe ni la esperanza y sigue luchando por esa muchedumbre que en Versalles, al distinguirla entre un pelotón de soldados, la escarnece, le tira lodo, la escupe y la amenaza de muerte.

En resumen, Luisa Michel nos ofrece el tipo de la mujer batalladora y revolucionaria, sobrepuesta a los instintos del sexo y a las supersticiones de la religión. Practicando el generoso precepto de vivir para los demás, no es una *supermujer* a lo Nietzsche, sino la *mujer fuerte*, conforme a la Biblia de la Humanidad. La llamaríamos una especie de San Juan de la Cruz femenino, una cristiana sin Cristo.

LUISA MICHEL

Por la redacción de *Tierra y Libertad*

CAMARADAS:

Acaba de cumplir su destino entre nosotros una de las mujeres más enérgicas que han contribuido con su espíritu a la emancipación de los obreros. Ha muerto Luisa Michel.

Lejos de ella para tributarle el último homenaje personal que merecen los que nos rinden su último aliento, desde aquí, desde este centro de España, uno de los trozos de la tierra más predilectos de ella, si es que pudo sentir predilección la que amó por igual a todos los desheredados del mundo, alzamos nuestra voz para participaros tan dolorosa nueva.

Esa mujer, esa mujer que ya no se cuenta entre nosotros, esa mujer, la única, acaso, que podía ocupar por entero el capítulo final de las mujeres de la Revolución que Michelet ensalzara, tributando un homenaje a todas las que trabajaron por la reivindicación de los derechos del hombre, ha muerto en el hospital de Oasis (Marsella), indicándonos con su ya incierta mirada el camino que debemos proseguir. Uno de sus últimos trabajos sigue a estas líneas, y puede asegurarse que la idea que en ellas se contiene, ha sido también el último deseo de su desgarrado corazón.

Ha predicado la verdad con la ejemplaridad de su conducta, desmintiendo con ella las infames calumnias de la canalla cristiana, de la canalla burguesa y de toda la ruindad entronizada por el régimen subsistente.

Hija necesaria de la humanidad doliente, obra divina de la inocencia engañada, la sociedad le negó un padre que velara por

ella y la revolución y la Naturaleza le hicieron madre y hermana de todos los desheredados del mundo.

La virtud educativa de la rebelión consciente, la hizo buena y amable, consiguiendo lo que pudo ser un mal para los hombres, para el género humano. Pudiendo trabajar para remediar su desigualación, trabajó por la igualación de todos.

Mujer para las ternuras filiales, para la compasión a las gentes, mujer para perdonar a sus mismos asesinos, fue hombre para defender las ideas y como aquellas, sus antecesoras de la Revolución, tuvo la abnegación de una Lucile, la obstinación de una Legros que derribó la Bastilla, de una Corday, de una Théroigne que enajenó su razón por la patria.

Luisa Michel ha sido profesora, poetisa, historiadora, hombre y defensora heroica de la *Commune*. Ha sido el más valioso periodista que ha tenido la causa de los últimos.

Con las armas en la mano tuvo que defender la primera revolución social seriamente verificada. Vencida la *Commune* y procesada la gran heroína, la única respuesta que dio al sexto consejo de guerra, el 16 de diciembre de 1871, fueron estas grandes palabras: «Yo quería oponer una barrera de llamas a los invasores de Versalles».

La defensa de la *Commune* de París le valió diez años en el destierro; amnistiada después, su obra de revolución y de vindicación de los hombres la llevó al libro, a la prensa, al escenario, a la cátedra, al mitin, y por dar pan a los desheredados hambrientos, fue condenada de nuevo.

La juzgó el jurado.

Sentenciada a morir por todos los odios de sus múltiples enemigos, triunfó sobre la muerte por el fin que la animó toda su vida. La revolución ha sido como el ángel de su guarda. La reacción y la tibieza de los desheredados sin cultura la han llevado al sepulcro.

Ha muerto predicando.

Sus armas han sido su pluma, su palabra, su acción. Si el enemigo hubiera tenido nada más que una cabeza, Luisa Michel, como todas las mujeres generosas de esa Rusia, que ha de nacer dentro de poco, hubiera intentado cortarla como Vera Zassulitsh, como Sofía Peruscaya, como Jessa Helfmann, como esas liberadoras de los siervos, como esos brazos providenciales, que a modo de inesperados auxilios, empujan y derrumban los obstáculos que se oponen al progreso.

Ha tenido que morir dos veces, porque era demasiado grande para morir una.

Diríase que dispuesta a morir en el Abril pasado, se incorporó a la vida de nuevo para adherirse a la segunda Internacional que ha nacido hace poco. Su palabra final ha sido para ella.

Si hubiera un cielo, nuestras oraciones serían más escuchadas que ningunas para avivarla. Pero como no lo hay, el ejemplo de su vida es bastante fuerte para que alguien lo siga y no se olvide de su nombre.

Datos biográficos

Luisa Michel nació en Vroncourt-la-Côte, departamento de Haute-Marne el 29 de mayo de 1830.

Era hija de una doncella engañada por un hombre de elevada posición. Luisa se hizo institutriz y llegó a ser maestra de niñas.

Su intervención en la *Commune* es demasiado conocida para consignarla aquí. El 18 de Marzo, vestida de hombre, tomó parte en aquella memorable jornada.

Deportada a Nueva Caledonia por el gobierno de Versalles, sufrió nueve años el destierro, hasta que la ley de amnistía de 1880, le permitió volver a Francia.

Tres años después, 1883, fue condenada a seis años de reclusión y a diez de vigilancia por la policía, con motivo de los sucesos del 9 de Marzo.

Fue indultada en 1886. Sufrió después una prisión de cuatro meses y al año siguiente se retiró a Londres. Hace poco volvió a Francia.

Como escritora, ha dejado numerosas e interesantes obras. *El Libro del día del año* (1872), lo publicó para socorrer a su madre y es una de sus mejores obras. Ha escrito también *La miseria*, *La hija del pueblo*, dos dramas, *Nadine* y *El gallo rojo*. En su primera época hizo poesías llenas de misticismos, por cierto. Sus Memorias, traducidas por un compañero español, verán en breve la luz pública.

EL 18 DE MARZO

Por Louise Michel

HAN PASADO TREINTA AÑOS desde aquel memorable día, desde el 18 de Marzo del 71. Al amanecer las campanas tocaban a arrebatado, y sin sentir apenas la tierra que hollábamos bajo nuestra planta, subimos precipitadamente a las alturas de Montmartre, en cuya cima se hallaba todo un ejército formado en orden de combate. No esperábamos poder volver de allí aun cuando todo París se hubiera levantado. Ya los soldados se ocupaban en enganchar a los cañones que tenía en ese lugar la guardia nacional los caballos que habían traído aquella misma noche de Batignolles. ¡Y, cosa admirable!, las mujeres, de cuya presencia ninguno nos habíamos dado cuenta, interponiéndose entre nosotros y la tropa se lanzaron sobre los cañones, en tanto que los soldados permanecían inmóviles.

En el momento que el general Lecomte dio la orden de hacer fuego sobre la multitud, un subalterno (Verdaguerre) dio un paso al frente, y, ahogando la voz de aquél con la suya, gritó: «Culatas arriba». Y a él fue a quien obedecieron los soldados, que fraternizaron con el pueblo; entonces el sol brillante de la primavera pareció iluminar amoroso a la libertad, a la grande y victoriosa libertad, cuya conquista creíamos haber realizado para siempre¹⁸.

¹⁸ «En Montmartre el general Lecomte avanzó pretendiendo hacerse con las riendas de la situación. Por tres veces ordenó a sus tropas disparar, pero no lo hicieron. Una mujer desafió a los soldados: “¿Vais a disparar contra nosotros? ¿Contra vuestros hermanos? ¿Contra nuestros maridos? ¿Contra nuestros hijos?”. Otra los insultó, recordándoles su derrota a manos de los prusianos. Lecomte amenazó con

En vez de esto sobrevino la catástrofe. Más se acercaba a los cien mil, que a los veinte mil declarados oficialmente, el número de los cadáveres que fueron enterrados en todas partes, en los fosos de la ciudad, bajo el pavimento de las plazas y calles, o quemados en los cuarteles, en la Plaza de la Concordia y en otros lugares. Los que descansan bajo la vía pública suelen aparecer de cuando en cuando, encontrándose, al hacerse las excavaciones, esqueletos enteros envueltos en restos de uniformes de guardias nacionales; pero las cenizas de los otros han sido esparcidas por el viento sobre toda la superficie del planeta¹⁹.

fusilar a cualquiera que se negara a disparar, preguntando a sus soldados si “se iban a rendir a aquella escoria”. Louise Michel recordaba que un suboficial dejó las filas, “situándose frente a su compañía y gritando, más alto que Lecomte: ‘¡Dad la vuelta a vuestros fusiles!’”. Los soldados obedecieron [...] y con aquello se había hecho la revolución”». John Merriman, *op. cit.*, pág. 74.

¹⁹ «El número de comuneros que perecieron a manos de las fuerzas versallesas es todavía objeto de debate. Los informes conservadores acusan a los comuneros de asesinato en masa, estimando que 66 o tal vez 68 rehenes fueron asesinados. Los versalleses, por su parte, ejecutaron sumariamente, sin un juicio real, hasta 17.000 personas, cifra ofrecida por el informe oficial del gobierno. El Consejo Municipal pagó por ese número de enterramientos después de la Semana Sangrienta. Sin embargo, algunas estimaciones han elevado el número hasta 35.000 muertos.

[...] Cuando los periódicos pretendieron publicar las listas de los ejecutados por orden de los tribunales militares, se les dijo que eso no era posible porque no existía un registro oficial de aquellos consejos de guerra. Muchas personas simplemente desaparecieron como víctimas anónimas. Cuando los cuerpos de los comuneros que habían sido ejecutados pudieron ser identificados, las autoridades se negaron durante cuatro meses a permitir que sus familias pusieran flores o cualquier otra cosa en sus tumbas.

Un estudio posterior llevado a cabo por miembros del consejo municipal de París llegó a la conclusión improbable de más de 100.000 trabajadores muertos, prisioneros o huidos. Esa estimación podría ser más elevada, pero de lo que no cabe duda es de que la clase obrera parisina se vio considerablemente mermada. Al comparar el censo de 1872 con el de 1866, la mitad de los 24.000 zapateros habían desaparecido, así como 10.000 de los 30.000 sastres, 6.000

De esa época acá han transcurrido treinta años, y aunque algunos pretendan decir que la libertad se halla más lejos que nunca de nosotros, el hecho es que se encuentra mucho más cerca; tanto que, los que la combaten, han tenido que apelar al recurso extremo de sembrar el germen del odio entre los revolucionarios, olvidando que llegará un día en que este sentimiento mismo servirá de estímulo para despertar el deseo de venganza contra el enemigo común, ese monstruoso pasado que, resistiéndose a morir, se ve, sin embargo, agonizar sumergido en la sangre de sus víctimas.

Lo que matará a la vieja sociedad son sus crímenes, los cuales se hacen tanto mayores cuanto más cerca se halla del borde del abismo. Así como no es posible que nos contentemos con volver a las condiciones del antiguo hombre de las cavernas, tampoco puede suponerse que el de nuestros días se conforme con seguir viviendo en medio de la iniquidad, la injusticia y la prostitución. Los asesinatos, los saqueos y las espantosas matanzas que hoy tienen lugar en China²⁰ en nombre de la civili-

de 20.000 carpinteros y ebanistas y 1.500 de 8.500 trabajadores del bronce, con cifras sólo un poco menos llamativas entre fontaneros, techadores y otros oficios de los que salieron muchos comuneros militantes. Mucho después de la Comuna, los industriales y los pequeños empresarios se quejaban de la escasez de artesanos y trabajadores expertos.

Maxime Vuillaume dio en el clavo cuando, al tratar de evaluar el número de víctimas de los versalleses, inquiría: “¿Quién puede saberlo?”. Louise Michel se preguntaba: “Pero, ¿de cuántos de los que estaban allí no sabemos nada? De vez en cuando la tierra vomita sus cadáveres”. París se había convertido “en un inmenso matadero y [...] nunca sabremos los nombres ni el número de víctimas”. Esto sigue siendo cierto hoy día». John Merriman, *op. cit.*, págs. 373-375.

²⁰ Se refiere al llamado Levantamiento de los bóxers, o «Levantamiento Yihétuán» (literalmente, «los puños rectos y armoniosos»). Fue un movimiento iniciado en noviembre de 1899 y finalizado el 7 de septiembre de 1901, surgido en China contra la influencia foránea en el comercio, la política, la religión y la tecnología de los últimos años del siglo XIX. En agosto de 1900, cerca de 230 extranjeros, miles de chinos cristianos, un número desconocido (entre 50.000 y

zación, cubiertas bajo el manto de un militar y clerical legalismo, no serían ya posibles en Europa sin que todas las naciones se levantaran presa del espanto y el horror; ni guerras parecidas a la del Transvaal²¹ podrían estallar entre nosotros si nos fuera dado ver los miles de muertos de una y otra parte que cubren las lejanas montañas africanas lanzando una maldición sobre la tierra entera. Jamás, después de tan horrible y dura lección, hubiera podido la rapacidad capitalista renovar atrocidades semejantes.

¡He dicho que el término de la jornada se aproxima! Por eso los Abdul Hamid²² del mundo tiemblan en medio de sus locuras criminales y sanguinarias, y al sentir que les falta el terreno bajo sus pies, se ven obligados a refrenar su crueldad.

El hombre no ha sido hecho para ser víctima ni verdugo, ni para arrastrar una existencia de odios, desesperación y continua miseria; si tales males nos afligen, se debe a la estupidez y cobardía universal. ¿Acaso los monstruos, que los héroes legendarios del porvenir tendrán que exterminar, no son la guerra, la miseria, la opresión y la ignorancia? El verdadero ideal se presenta ante nuestra vista en forma más clara y distinta que hace treinta años, y a todos y cada uno corresponde, realizando cada cual su misión, el echar las bases de estos nuevos tiempos durante los que, por muchas sorpresas que nos reserven los años, la marcha va encaminada hacia una meta que ya no es un misterio, y que no es posible desconocer. Con la vista fija en la

100.000) de rebeldes, sus simpatizantes y otros chinos habían muerto en la revuelta y su represión. (Wikipedia).

²¹ Alusión a la segunda guerra de los bóeres (11 de octubre de 1899-31 de mayo de 1902), que tuvo lugar entre el imperio británico y los colonos de origen neerlandés (los afrikáneres) y cuyo resultado fue la extinción de las dos repúblicas independientes que los bóeres habían fundado a mediados del siglo XIX: el Estado Libre de Orange y la República de Transvaal. (Wikipedia)

²² Abdul Hamid II (1842-1918), a quien la prensa europea y americana apodó «el gran asesino» y «el Sultán sangriento». Responsable de las llamadas *masacres hamidianas* contra los armenios. (Wikipedia)

estrella de redención, avancemos hacia adelante sin temor; los días de la indecisión y la duda tocan a su término. Verdad es que nos queda mucho que aprender respecto a la extensión, grandeza, hermosura y alcance de la obra; ¿pero por ventura las gigantescas columnas que el antiguo Egipto transportaba de un lugar a otro por medio de los firmes brazos de millones de esclavos, no se hubieran podido mover si los encargados de ejecutar ese trabajo hubiesen sido hombres libres? ¿Será empresa demasiado difícil el crear en torno de la cuna de una humanidad libre el ancho y amplio espacio que se necesita para el natural desarrollo de la justicia, la verdad, la ciencia, el arte y las maravillas, a que darán nacimiento una nueva concepción de la libertad y de lo verdadero?

El 18 de Marzo que vimos hace treinta años, fue magnífico; en el primer momento conmovió a todas las naciones. El nuevo 18 de Marzo será el de todos los hombres conscientes, cuyo número es ya considerable; el de todos los espíritus nobles y elevados, el de todo corazón generoso que late en el pecho de la humanidad; y todos estos combinados esfuerzos, clamando por la libertad, concluirán por despertar la tierra.

El 18 de Marzo, la aurora de la *Commune* fue espléndida, y más todavía su crepúsculo, en Mayo, en la grandeza de la muerte.

Las debilidades y los errores que la *Commune* pudo cometer deben ser perdonados ante la fiereza y majestad de la caída; ante ese desprecio de la vida que constituye uno de los factores más importantes en todo combate por la libertad.

El sentimiento predominante, después de la victoria del 18 de Marzo, era de alegría por haber conseguido la deliberación, de verdadera satisfacción por haber alcanzado libertades en que asentar una grande y noble república. El Manifiesto del Comité Central se expresaba en estos términos:

Ciudadanos: El pueblo de París ha sacudido el yugo que pesaba sobre él. Con la tranquilidad característica de los que tienen consciencia de su propia fuerza, la ciudad ha esperado sin temo-

res ni provocaciones y con calma y serenidad el ataque indigno de los que pretendían asesinar a la república. Pero esta vez nuestros hermanos del ejército se han negado a poner la mano sobre el arca santa de la libertad.

Pronto, sin embargo, los soldados, embriagados con la calumnia y el alcohol, obedecieron las órdenes de Versalles, que les mandaba exterminar. Esta, como siempre, es la eterna historia de la disciplina que convierte a los hombres en máquinas, haciendo que asesinen tan inconscientemente a sus semejantes, como la piedra tritura el grano en el molino.

Digo y repito que el hombre no ha nacido para arrastrar una existencia en que dominen el crimen y el dolor, y es necesario que todos comprendan bien esto, viendo el porqué de una parte nos negamos a torturar y de la otra a ser torturados. Bien sabemos que por todos lados no se ven más que muestras de las infamias más terribles; pero es necesario que rehusemos tomar parte en su realización. Esa es la clave del problema.

El 18 de Marzo del mundo entero será como un majestuoso y brillante sol elevándose en todo su apogeo sobre virginales alturas, y entonces los nuevos tiempos de paz y de ventura empezarán para la humanidad.

LA NUEVA INTERNACIONAL

Por Louise Michel

¡QUÉ EXTRAÑA Y PAVOROSA HISTORIA la que narran los cronistas, de la actual guerra que se libra en el Extremo Oriente!

Esa historia provoca en nuestra mente los lejanos recuerdos de las antiguas leyendas...

Así la narración de las naves rusas que zozobran y se hunden, ya accidentalmente, ya combatiendo, reculando siempre detrás de las japonesas, nos recuerdan a La Invencible que, bajo Felipe II de España, vio sus naves, verdaderas ciudades flotantes, deshacerse y sumergirse con furia contra los barcos enemigos, arrastrando por la tempestad sus despojos contra los escollos y las rocas ingentes de Holanda y Escocia.

Los relatos que se nos ofrecen de las batallas en tierra firme, nos refieren lúgubres escenas de un espanto formidable. Cientos, miles, centenares de miles de sacrificados al Moloch de la guerra, caen allá lejos, en los abismos, en el hielo, bajo el hambre y la peste, sobre el fango sangriento, cuando no tienen la dicha de acabar en un momento bajo el ebrio y bárbaro empuje de un bayonetazo.

Pero a esos innumerables soldados muertos en la batalla, desaparecidos entre las olas con sus naves, van a substituirlos siempre otros nuevos, arrancados al laborioso hormiguero de la inmensa Rusia. Allí van con nuevas armas a ser nuevas víctimas, que desaparecerán sucesivamente en el combate. Allá, en aquella especie de carnicería humana que no se sacia, continúa su obra funesta la guerra, día y noche, degollando a los hombres de una y otra patria. En nombre del zar, el padre de los padres, va siempre nueva carne de cañón, carne de matadero

atravesando la Manchuria, en trenes atestados de hombres, en trenes que se suceden sin descanso, atestados de nuevas víctimas para el sacrificio de la gran batalla.

Parece como si el grano surja más lozano y hermoso de la tierra empapada de sangre, bañada por el sudor humano, más fértil que el sudor animal. En efecto, por orden de sus patronos, de sus dueños, que prevén un periodo horroroso de hambre, los soldados rusos siembran el grano por donde pasan los soldados de la tierra conquistada, sirviéndose de los habitantes del país como bestias de tiro en vez de bueyes y mulas, cuya carne se comen.

A los horrores lejanos de la guerra corresponden las luchas intestinas, en el propio corazón del imperio. Un judío polaco, salvado de un naufragio, refería que hacía dos semanas que habían recibido en Polonia la orden de reunirse en Varsovia, para estar prontos para salir hacia Port Arthur. Se sabía demasiado que no teníamos ninguna simpatía por Rusia, sobre todo nosotros los hebreos, que no habíamos deseado la guerra ni habíamos querido por ella abandonar a nuestras familias sin esperanza de volver a verlas. Tendríamos que escapar de algún modo. Así tomamos puerto en la embarcación en que naufragamos. Ignoro si mis demás compañeros se han salvado; pero estoy seguro que todos han preferido perecer en las aguas a volver a ocupar su puesto en Varsovia.

La historia de este judío, es un complemento de los particulares horrores de que tenemos noticia han ocurrido en el pasado mes; de la huelga de las mujeres de los prisioneros políticos polacos, siempre en Polonia, en las prisiones de Kalisz. La huelga se decidió en la cárcel central, poniéndose en práctica enseguida. El gobernador hizo algunas concesiones a los presos que retiró luego, protestaron los burlados, y entonces uno de ellos fue ferozmente azotado. Surgió un tumulto, y enseguida penetraron en la prisión diez y siete oficiales con un escuadrón de soldados todos borrachos. Los prisioneros fueron hallados al

día siguiente con los miembros rotos por los golpes, desfigurados por los bayonetazos y los latigazos de sus verdugos.

Del mismo modo, en Mayo de 1871, los soldados del ejército de Versalles, ebrios de vino y de alcohol, entraron en París.

Y es que las costumbres de esos alumnos de la escuela del crimen no han variado.

Uno de los últimos y fantásticos relatos de esta tremenda guerra, nos muestra a los japoneses valiéndose de una treta digna de la astucia y fantasía de Lady Macbeth. Se trataba de pasar un río. Delante de los rusos, los japoneses, aglomerados, se cubrieron de césped, enmascarándose por completo con la hierba, pudiendo pasar así sin ser descubiertos. El número de japoneses pasó disimulado. ¡Ah! ¡Cuántas hojas verdes serían necesarias para tapar, si se quisiera ocultar, ese río de sangre que se lleva derramado hasta la fecha!

Y todo esto parece que se desconoce aún por la mayoría de los europeos. Se escuchan sólo a los obreros, a los revolucionarios, a los socialistas y a los libertarios que elevan su voz contra el enemigo de la propia unión y de la paz humana. Este es el momento de gritar: ¡No más ejército!

Con este grito la Internacional Antimilitarista puede abarcar todo el mundo.

LA PROCLAMACIÓN DE LA COMUNA

Por Louise Michel

LA PROCLAMACIÓN DE LA COMUNA fue espléndida; no era aquella fiesta del poder, sino la pompa del sacrificio; sentíase a los elegidos dispuestos para la muerte.

La tarde del 28 de Marzo, con un sol claro, que recordaba el alba del 18, el 7 Germinal del 79 de la República, el pueblo de París, que el 26 había elegido su Comuna, inauguró su entrada en el Ayuntamiento.

Un océano humano, bajo las armas, bajo las bayonetas apretadas como las espigas del campo, los clarines rasgando el aire, los tambores sonando sordamente, y entre todos el inimitable ruido de los dos grandes tambores de Montmartre, los que la noche de la entrada de los prusianos y en la mañana del 18 de marzo sacaron del sueño a los parisienses, con sus palillos espectrales de puños de acero, despertaban extrañas sonoridades.

Esta vez las campanas de alarma estaban mudas. El sordo rugido de los cañones saludaba a intervalos regulares a la Revolución, y también las bayonetas, inclinándose ante las rojas banderas que, hacinadas, rodeaban el busto de la República.

En lo más alto una inmensa bandera roja. Los batallones de Montmartre, Belleville y La Chapelle, tienen sus banderas coronadas por el gorro frigio; se las tomaría por secciones del 93.

En sus filas se ven soldados de todas armas, de infantería, de marina, artilleros y zuavos.

Las bayonetas, cada vez más apretadas, se desbordan en las calles circundantes; la plaza está llena, la impresión es exactamente la de un campo de trigo. ¿Cuál será la cosecha?

París entero está en pie, el cañón suena de vez en cuando. En un estrado se concentran los individuos del Comité Central; enfrente están los de la Comuna, todos con la banda roja.

Pocas palabras en los intervalos que marcan los cañones. El comité Central declara expirado su mando y entrega sus poderes a la Comuna. Se hace el llamamiento nombre tras nombre; un grito enorme resuena: ¡Viva la Comuna! Los tambores ensordecen, la artillería conmueve el suelo.

«En nombre del pueblo» —dice Ranvier²³— «la Comuna está proclamada».

Todo fue grandioso en aquel prólogo de la Comuna cuya apotheosis debía ser la muerte.

Nada de discursos, un inmenso grito, uno sólo: ¡Viva la Comuna!

Todos los músicos tocan La Marsellesa y el Canto de la Partida. Un huracán de voces forma acompañamiento.

Un grupo de ancianos baja la cabeza hasta el suelo; dijérase que oyen a los muertos por la libertad, son los escapados de junio, de diciembre; algunos de cabellos completamente blancos son de 1830.

Si un poder cualquiera podía hacer algo, este poder hubiera sido la Comuna, compuesta de hombres de inteligencia, de valor, de increíble honradez, que la víspera o mucho tiempo antes, habían dado pruebas incontestables de abnegación y de energía. El poder, esto es innegable, los aniquiló y no dejándoles implacable voluntad sino para el sacrificio, supieron todos morir heroicamente.

Es que el poder está maldito, razón por la que yo soy anarquista.

²³ Gabriel Ranvier (1828-1879). «En Belleville, el guardia nacional anticlerical G. Ranvier, hijo de un zapatero y oficinista, [...] era conocido como “El cristo de Belleville”, célebre por brindar por el cambio político con jarabe y no con vino; era un orador frecuente en los almacenes de los *quartiers populaires*, y había pasado un tiempo en prisión por su participación en el intento de insurrección del 31 de octubre. Como otros de antecedentes similares, estaba decidido a que París señalara el camino en la lucha por una república justa». John Merriman, *op. cit.*, pág. 88.

La noche misma del 28 de marzo, la Comuna celebró su primera sesión, inaugurada por una medida digna de la grandeza de aquel día; se tomó la resolución, a fin de cortar toda cuestión personal, en el momento en que los individuos debían entrar en las masas revolucionarias, de que los manifiestos no debían llevar más firma que ésta: *La Comuna*.

En esta primera sesión, algunos, que se ahogaban en la cálida atmósfera de una revolución, no quisieron ir más allá; hubo dimisiones inmediatas.

Estas dimisiones ocasionaban elecciones complementarias; Versalles pudo aprovechar el tiempo que París perdía en torno de las urnas.

He aquí la primera declaración hecha en la primera sesión de la Comuna:

«Ciudadanos: Nuestra comuna está constituida. —el voto del 26 de marzo sanciona la República victoriosa.

Un poder vilmente opresor os había cogido por el cuello; debíais en legítima defensa rechazar un gobierno que quería deshonraros imponiéndoos un rey.

En la actualidad, los criminales a quienes ni aún habéis querido perseguir, abusan de vuestra magnanimidad para organizar a las puertas de la ciudad un foco de conspiración monárquica, invocan la guerra civil, hacen entrar en juego todas las corrupciones, aceptan todas las complicidades, hasta se han atrevido a mendigar el apoyo del extranjero.

Apelamos por esos manejos execrables al juicio de la Francia y del mundo.

Ciudadanos, nos acabáis de dar instituciones que desafían todas las tentativas.

Sois dueños de vuestros destinos; fuerte con vuestro apoyo, la representación que acabáis de establecer, va a reparar los desastres causados por el poder caído.

La industria comprometida, el trabajo suspendido, las transacciones comerciales paralizadas, van a recibir un impulso vigoroso.

Hoy mismo se tendrá la esperada decisión sobre los alquileres; mañana las referentes a los vencimientos.

Todos los servicios públicos serán restablecidos y simplificados.

La guardia nacional, en lo sucesivo la única fuerza armada de la población, va a ser reorganizada inmediatamente.

Tales serán nuestros primeros actos.

Los elegidos del pueblo no le piden para asegurar el triunfo de la República, sino que le sostenga la confianza de los ciudadanos.

Por lo que a ellos respecta cumplirán su deber.

La comuna de París, 28 de marzo de 1871».

Lo cumplieron, en efecto, ocupándose de todas las seguridades de la vida para la multitud. Pero, ¡ay!, la primera seguridad hubiera sido vencer definitivamente la reacción.

Mientras la confianza renacía en París, los ratones de Versalles agujereaban la quilla del navío.

Todavía hubo algunas discusiones por motivos varios.

En los primeros días se formaron comisiones que, sin embargo, no eran definitivas; según sus aptitudes, los miembros de una comisión pasaban a otra.

La Comuna se componía de una mayoría ardientemente revolucionaria y una minoría socialista, que razonaba en ocasiones, demasiado para el tiempo que corría, semejantes en que siempre iban a parar a las mismas conclusiones, en el temor de adoptar medidas despóticas e injustas.

Un mismo amor a la Revolución hizo idéntico su destino.

«La mayoría también sabe morir», exclamó algunas semanas más tarde Ferré abrazando el cadáver de Delescluze²⁴.

«Que ocurra lo que quiera», —decían los miembros de la Comuna y los guardias nacionales—, «nuestra sangre marcará profundamente la etapa».

²⁴ Louis Charles Delescluze (1809-1871), fue un líder revolucionario francés, periodista y comandante de la Comuna de París. Ya había participado en la *révolution de Juillet* de 1830 y en la de 1848.

Y la marcó, es cierto, y tan profundamente que la tierra quedó saturada; abrió en ella abismos que sería difícil franquear, como la roja sangre de las rojas flores de las colinas.

FIN DEL TOMO



AEP

Anarquismo en Pdf

es un proyecto
sin ánimo de lucro
cuyo fin es reunir y difundir
todo el material anarquista existente.



www.facebook.com/anarquismoenpdf
www.facebook.com/groups/anarquismoenpdf



www.twitter.com/anarquismoenpdf



anarquismoenpdf.tumblr.com



www.instagram.com/anarquismoenpdf



www.telegram.me/anarquismoenpdf



www.issuu.com/anarquismoenpdf